



HOMBRES, PODER Y CONFLICTO.

Estudios sobre la frontera colonial sudamericana
y su crisis

Emir Reitano
Paulo Possamai
(coordinadores)

HOMBRES, PODER Y CONFLICTO.
Estudios sobre la frontera colonial sudamericana
y su crisis

Emir Reitano
Paulo Possamai
(coordinadores)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2015

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de colección y tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Comunicación Visual

Corrección: Lic. Alicia Lorenzo

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2015 Universidad Nacional de La Plata

Hombres, poder y conflicto. Estudios sobre la frontera colonial sudamericana y su crisis,

ISBN 978-950-34-1235-0

Colección Estudios / Investigaciones 55



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
(UNLP-CONICET)

Directora

Dra. Gloria Chicote

Vicedirector

Dr. Antonio Camou

Director del Centro de Historia Argentina y Americana

Dr. Fernando Barba

Índice

<u>Nota introductoria</u>	
<u>Emir Reitano, Paulo Possamai</u>	08
<u>Del Tajo al Amazonas y al Plata. Las repercusiones atlánticas de las guerras entre las coronas española y portuguesa en la Edad Moderna</u>	
<u>Juan Marchena Fernández</u>	12
La guerra en la frontera sur rioplatense	
<u>El presidio de Buenos Aires entre los Habsburgo y los Borbones: el ejército regular en la frontera sur del imperio español</u>	
<u>Carlos María Birocco</u>	117
<u>Los soldados indígenas del Rey Católico: los misioneros en las guerras por la Colonia del Sacramento</u>	
<u>Paulo César Possamai</u>	151
<u>Ataque de la flota combinada anglo portuguesa a la Colonia del Sacramento.El hundimiento del navío Lord Clive (1763).</u>	
<u>Marcelo Díaz Buschiazzo</u>	176
<u>Travessias difíceis: Portugal, Colónia do Sacramento e o projeto Montevideu (1715-1755)</u>	
<u>Victor Hugo Abril</u>	185
<u>Beresford e D. João VI – Uma inesperada confluencia</u>	
<u>Fernando Dores Costa</u>	208

<u>La guerra: una situación límite. Una aproximación al tema: Batalla de India Muerta, noviembre 1816</u>	
<u>Juan Carlos Luzuriaga</u>	234

La guerra en la frontera norte rioplatense

<u>Fortalezas imperiais: Arquitetura e cotidiano (Fronteira Oeste da América Portuguesa, século XVIII)</u>	
<u>Otávio Ribeiro Chaves</u>	256

<u>Resistência e cotidiano da tropa militar do presídio de Miranda: Aspectos da defesa da fronteira sul da capitania de Mato Grosso (1797-1822)</u>	
<u>Bruno Mendez Tulux</u>	282

<u>Os índios Payaguá: guerra e comércio na fronteira oeste da América portuguesa</u>	
<u>Maria De Jesus Nauk</u>	305

<u>De Yatay a Cerro- Corá. Consenso e Dissenso na resistência militar paraguaia</u>	
<u>Mario Maestri</u>	321

Frontera en movimiento

<u>Extraños en los confines del imperio: los portugueses ante la corona española en el Río de la Plata</u>	
<u>Emir Reitano</u>	351

<u>Incidências da guerra en uma fronteira imperial: Rio Grande de São Pedro (1750-1825)</u>	
<u><i>Helen Osorio</i></u>	369
<u>Armas y control. El “negro delito de la deserción” en la Banda Oriental (1811-1816)</u>	
<u><i>Daniel Fessler</i></u>	388
<u>Cruzar fronteiras, conectar mundos. As missões austrais na pampa bonaerense (Século XVIII)</u>	
<u><i>María Cristina Martins</i></u>	416

Historiografía, memoria e identidad

<u>Las guerras coloniales en la historiografía uruguaya de orientación nacionalista</u>	
<u><i>Tomás Sansón</i></u>	438
<u>Las estatuas al Almirante Brown y la “construcción de la Nación Argentina”</u>	
<u><i>Diego Téllez Alarcia</i></u>	455
<u>Los autores</u>	473

Introducción

Emir Reitano – Paulo Possamai

¿Qué papel ha jugado la frontera en la historia colonial americana? Desde un primer momento, la frontera fue parte de la conquista y colonización de América y se consolidó de las formas más diversas según las regiones del continente. Es así que a lo largo de la historia coexistieron varios tipos: una frontera permeable, pensada como un área regional, y otra más rígida delimitada en torno a una línea divisoria de dos mundos diversos. Esto nos lleva a una interpretación mucho más amplia y compleja del concepto “frontera” por la cantidad y diversidad de factores que engloba. Dicha noción tiene su origen en los enfoques de Turner (1986), para quien el término era elástico y definía una frontera permeable como un espacio abierto a la expansión.

La concepción turneriana de la frontera fue retomada en nuestra historia regional por diversos autores en función de la historia americana. Al respecto Diana Duarte señaló:

Las fronteras internas fueron esos espacios marginales, en donde gente de distintas culturas interactuaba en el marco de condiciones particulares y se desarrollaban instituciones específicas [...] en América Latina se desarrollaron, desde los inicios, distintos tipos de fronteras dadas por el factor humano, la tipología espacial y la actividad económica [...] En tal sentido también debe admitirse que la frontera modeló el funcionamiento de la política, la sociedad y la economía (2000: 16-17).

De este modo, la frontera era un lugar donde existía el contacto y se cruzaban las más variadas influencias culturales, económicas, sociales y políticas.

Debemos considerar también que la conformación de la misma estaba directamente relacionada con el proceso histórico que le daba origen. Así,

podemos afirmar que no existía un tipo único de frontera, sino que adquiría sus propios ribetes de acuerdo a dónde se originaba (Tejerina, 2004: 27-34).

En la actualidad muchos investigadores se encuentran debatiendo sobre la problemática de las fronteras desde varias perspectivas y todos ellos nuevamente diversifican el paradigma tradicional. Estas investigaciones tienen en cuenta las peculiaridades organizativas desde distintos puntos de vista, no solo el político y económico sino también cultural, religioso, étnico y lingüístico. Con este enfoque, el concepto adquiere una forma mucho más amplia y se nos revela como una frontera de límite, de confin, de algo sumamente difuso y cambiante. La frontera genera un espacio en ocasiones poco definido, extenso, claramente permeable y poroso, que permite no solo fenómenos de exclusión y segregación sino también de inclusión e integración a ambos lados de sus propios lindes. Dentro de ese espacio se pudieron generar nuevos y fluctuantes consensos surgidos, en algunas ocasiones, a partir de tensiones y conflictos.

Muchos autores nos preguntamos acerca de las múltiples formas que asumieron las disputas, las rivalidades, las negociaciones y las solidaridades a través de las cuales se manifestaron todas estas transformaciones. Nos preocupan cuáles fueron los intereses en pugna y los medios utilizados para zanjar las diferencias en cada uno de los conflictos, como también qué estrategias predominaron para su resolución y qué papel jugó la violencia, entre otros factores. El libro que el lector tiene en sus manos intenta desentrañar algunos aspectos todavía oscuros sobre la frontera y se estructura en función de estas ideas.

La obra se caracteriza por aglutinar a un grupo de autores heterogéneos desde el punto de vista de su nacionalidad y su formación; sin embargo, todos ellos examinan a partir de sus diferentes miradas las diversas problemáticas generadas en la frontera luso-española. De este modo, el texto intenta romper barreras entre las diversas producciones historiográficas del Brasil e Hispanoamérica.

La introducción temática corresponde a un extenso trabajo de Juan Marchena, quien indaga en profundidad las repercusiones que tuvieron los conflictos hispano-lusitanos de la península en el espacio americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este estudio nos permite adentrarnos en otro plano del libro, que analiza la guerra en la frontera: primeramente, en el sur rioplatense; luego, en un segundo bloque, en la frontera norte de la región platina.

Cabe destacar que para llevar a cabo nuestro trabajo ubicamos al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa zona de frontera hispano-lusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispano-lusitanas en dicha zona, podemos observar que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar con exactitud el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida a la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta zona las relaciones entre súbditos de ambos reinos se dio de forma muy particular: estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, extremadamente alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas casas reinantes. De este modo, entendiendo al Río de la Plata como espacio de frontera en el mundo tardocolonial, podemos comprender mejor el arribo de los españoles y portugueses que llegaban a la región con la idea de asentarse y ejercer su ocupación en tanto integrantes de la comunidad del ámbito rioplatense.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento. Se entiende a la frontera como ese lugar permeable, abierto, en el que interactuaron todas las sociedades —la hispano-criolla (con sus propios conflictos internos), la portuguesa y la indígena—, donde se generó un complejo mosaico étnico en el cual las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, cierran el libro la historiografía, la memoria y la identidad con sus estructuras temáticas singulares. Los estudios hechos bajo esas perspectivas nos permiten percibir cómo la construcción de las fronteras sigue siendo vista y sentida por los historiadores y sus lectores. Esto es muy importante, pues si la demarcación de las fronteras supuso problemas diplomáticos y prácticos en el período colonial, el esfuerzo por determinarlas fue mucho más intenso después de la creación de los estados nacionales que sucedieron a los dominios ultramarinos de España y Portugal en América, y que buscaron, en los tratados entre las dos coronas, establecer las fronteras de los nuevos estados. Todavía hoy ciertas fronteras continúan en litigio en nuestro continente, y por esta razón algunos de los trabajos aquí presentados siguen generando controversias.

Somos conscientes de que este es un aporte que no da por terminada la cuestión de la frontera sino que plantea nuevos interrogantes. Pretendemos de este modo abrir un espacio para el debate y lograr que nuevas investigaciones salgan a la luz, tal vez con diferentes abordajes teóricos y metodológicos dentro de una temática tan compleja en la que aún quedan muchos aspectos por desentrañar.

Bibliografía

- Duart, D. (2000). Cien años de vaivenes. La frontera bonaerense (1776-1870). En C. A. Mayo (Ed.). *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela* (pp. 16-17). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Tejerina, M. (2004). *Luso brasileños en el Buenos Aires virreinal. Trabajo, negocios e intereses en la plaza naviera y comercial*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- Turner, F. J. (1986). *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América.

Fortalezas imperiais: arquitetura e cotidiano (Fronteira Oeste da América Portuguesa, século XVIII)

Otávio Ribeiro Chaves

A arte em edificar fortalezas no mundo português sempre esteve associada às atividades de expansão além-mar. Os portugueses, durante um longo período, adquiriram vasta experiência na construção de feitorias, fortins e fortalezas, no reino e em territórios no ultramar, procurando assegurar os seus interesses nos mais distantes continentes. Estudos recentes vêm demonstrando que as fortalezas erguidas no Oriente, no continente africano, nas ilhas atlânticas, na costa litorânea e às margens dos rios no interior da América portuguesa diversificaram as suas atividades, além das puramente militares, servindo de importantes entrepostos comerciais articulados com sofisticadas redes mercantis, que proporcionaram à Coroa portuguesa acumulação de capitais, com base na comercialização de produtos oriundos dos mais longínquos recantos do seu império.

A edificação desses monumentos de pedras tem historicidade que ultrapassa as fronteiras do Reino português. Na Itália do século XV, teóricos renascentistas se inspiraram nos clássicos gregos e latinos para reformularem as formas de se fazer a guerra, aprimorando as técnicas de construção de fortificações, visando a torná-las mais resistentes ao impacto dos armamentos. Pensadores, como Maquiavel, participaram de um amplo debate sobre “a superioridade do homem e do armamento”, que aparece na obra *Arte della Guerra*, de 1520, na qual foram discutidos, principalmente, os modos de construir fortificações. Além desse estudo, outros renascentistas se envolveram nesse

movimento, como o matemático N. Tartaglia, autor da *NuovaScientia* (1537), que tratou sobre “os tipos de acampamentos e formaturas”, e V. Birineucci, que publicou, em 1546, *Pirotechinia*, que tratava sobre o aprimoramento da fundição de canhões. Em Portugal, somente a partir do reinado de D. Sebastião (1557-1578), é que “surgirá um novo entusiasmo pelos assuntos militares, e com ele o ensino teórico da fortificação ministrado no Paço da Ribeira pelo arquitecto-mor António Rodrigues” (Moreira, 2005: 143-157).

Os portugueses souberam aproveitar dos avanços da era renascentista para introduzir uma cultura de fortificações não somente direcionada à proteção do Reino, mas que servisse como base de apoio ao expansionismo colonial em diferentes continentes. Através da edificação de uma rede de fortalezas no Oceano Índico, os portugueses se estabeleceram em diferentes territórios, sem efetivamente ocupá-los; primeiro, promoveram relações mercantis com as populações nativas, estabelecendo vínculos com as principais lideranças e, posteriormente, foram erguidas as muralhas de pedra visando à fixação e o estabelecimento de redes comerciais mais extensivas.¹ Essa forma de ocupação já vinha sendo utilizada no Norte da África e na costa da Mina, com a finalidade de manter o “controle marítimo por meio de armadas. Os enclaves no litoral funcionavam como pontos de apoio para o comércio das especiarias monopolizado pela Coroa e para a cobrança de direitos alfandegários” (Doré, 2009:125).

No território da América portuguesa, a edificação de fortificações ocorreu em fases distintas: a primeira foi desde os primeiros anos da chegada dos portugueses até o ataque holandês à capitania de Pernambuco em 1639; a segunda fase se estendeu durante todo o período da União Ibérica, e grande parte da permanência dos holandeses em Pernambuco (1639 a 1654); a terceira etapa foi durante a edificação de fortificações na bacia amazônica, que teve início em fins do século XVII e prolongou-se até o fim do século XVIII, cujo propósito foi evitar o acesso de ingleses, franceses e holandeses ao Estado do Grão-Pará e Maranhão; e, a quarta fase foi quando os espanhóis tentaram ocupar o “litoral sul de Cananéia, já que eram nebulosas as divisas entre os domínios de Castela e Portugal antes do Tratado de Madri, de 1750,

¹ Sobre a presença portuguesa no Oceano Índico ver Brandão, 2005: 159; Doré, 2009: em especial, o capítulo 3: A construção e fortalezas: uma estratégia de fixação no território.

e do Tratado de Santo Ildefonso de 1777” (Lemos, 2005: 252-253).

Segundo Carlos Lemos, arquitetos espanhóis planejaram a construção de fortificações visando impedir o acesso de tropas estrangeiras ao litoral do Atlântico Sul. O responsável pela elaboração desse projeto foi o espanhol Tibúrcio Spanochi, cujo estilo arquitetônico ancorava-se na “experiência italiana de fortificações (...) abandonando totalmente as maneiras transitórias baseadas na antiga tradição medieval das altas muralhas e das ostensivas torres de defesa”. Essa nova arquitetura era considerada mais apropriada para resistir ao impacto dos projéteis lançados pelos canhões, pois as muralhas levantadas eram de menor estatura e consideradas bem mais resistentes. Fortificações com frentes abaluartadas foram edificadas, a partir desse período, na Bahia, Pernambuco, Rio Grande do Norte e no Estado do Maranhão e Grão-Pará. Um dos engenheiros mais atuantes nesse período foi Francisco Frias de Mesquita, que trabalhou na edificação da Fortaleza dos Reis Magos, em Natal, em 1614. Edificou, no Maranhão, o Forte de Santa Maria de Guaxenduba; no Rio de Janeiro, em 1618, o mosteiro de São Bento e, em 1622, com base nos projetos arquitetônicos de Spanochi, construiu o Forte do Mar, na cidade de São Salvador. Certamente, que os trabalhos realizados por esse engenheiro no litoral da América portuguesa não se restringiram somente a essas obras, mas essas observações possibilitam percebermos o imenso esforço por parte das Coroas ibéricas em impedir o acesso de tropas inimigas a esse importante domínio colonial (Lemos, 2005: 236).

No século XVIII, antes da assinatura do Tratado de Madri, outras fortificações foram erigidas na região sul do território da América portuguesa. Em 1737, Gomes Freire de Andrade, governador do Rio de Janeiro e Minas Gerais, propôs à Coroa a organização de “um comando único a toda a costa sul-brasileira, até a Colônia do Sacramento, e de fortificar a Ilha de Santa Catarina” (Cabral, 1972: 11-15), cujo propósito era impedir as possíveis investidas espanholas em direção a capitania do Rio de Janeiro e as ricas jazidas de Minas Gerais. D. João V, através da Carta Régia de 14 de agosto de 1738, autorizou que o governador enviasse o Brigadeiro José Pais da Silva para assumir o governo da Ilha de Santa Catarina que, junto com a capitania do Rio Grande de São Pedro, ficaram subordinadas a sua administração. O Brigadeiro Silva Pais tomou posse em 7 de março de 1739, dando logo início a construção da fortaleza de Santa Cruz, na Ilha de Anhatomirim; São

José (1740), em Ponta Grossa, ao norte da Ilha; Santo Antônio (1740), localizada na Ilha de Raton Grande, Baía Norte; Nossa Senhora da Conceição (1742), na Ilha de Araçatuba (Lemos, 2005: 252-253).

No entanto, cabe considerar que a preocupação da Coroa não se restringia somente em garantir a fortificação de pontos estratégicos do litoral sul, pois a possibilidade de invasão espanhola do território da América portuguesa constituía-se em perigo eminente, motivado pela instável política europeia, que em momentos de conflitos no velho continente, as Coroas de Portugal e da Espanha, se posicionavam em posições opostas, atrelando as suas antigas aliadas, a Inglaterra e França, o que acabava gerando conflitos nas áreas de fronteiras de suas possessões coloniais na América do Sul.

Nesse contexto, após a assinatura do Tratado de Madri, a Coroa procurou fortificar pontos estratégicos da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, nos limites com os domínios do Vice-Reinado do Peru. Em 1766, o governador João Pedro da Câmara transformou, por ordem de Lisboa, o fortim de Nossa Senhora da Conceição em uma fortaleza e, mais tarde, na administração de Luiz de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres, deu-se início a edificação do Real Forte Príncipe da Beira (1775). Com essas medidas, a Coroa visava garantir a posse e a defesa político-territorial dessa região frente às investidas de tropas espanholas oriundas de Santa Cruz de laSierra e das Províncias de Moxos e Chiquitos. Essas fortificações encontravam-se situadas à margem direita (oriental) do rio Guaporé, e integravam-se a uma ampla rede de fortificações existentes no Estado do Grão-Pará e Maranhão, como as fortalezas de São José do Macapá, São Joaquim, São José de Marabitanas, São Gabriel da Cachoeira e Tabatinga (Camilo, 2003: 56-58).

Partindo, assim, de uma tradição portuguesa em relação às fortificações, a proposta deste artigo visa discutir aspectos da arquitetura dos fortes de Nossa Senhora da Conceição (em 1769, batizado pela Coroa como forte Bragança) e o Real Forte Príncipe da Beira, construídos à margem direita do rio Guaporé, nas décadas de 1760 e 1770, na capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Enfocamos as técnicas construtivas e “tecnologias” utilizadas, bem como estivemos atentos às formas de sociabilidades entre os diferentes personagens que participaram do processo de construção desses monumentos.

Fronteira Oeste da América portuguesa: fortaleza de Nossa Senhora da Conceição e o Real Forte Príncipe da Beira

Em 1757, foi criado, no governo do 1º governador da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, Dom Antônio Rolim de Moura Tavares, um posto militarizado onde se encontrava instalada a antiga aldeia jesuíta castelhana de Santa Rosa. A Guarda de Santa Rosa, como foi denominada pelo governador, foi construído no alto de um penhasco próximo de uma cachoeira, o que permitia ampla visão da movimentação de pessoas que navegavam o rio Guaporé.²

Estudos realizados por Cláudia de Oliveira Uessler, sobre as fortificações erigidas nas fronteiras luso-espanholas do Rio da Prata apontam que, desde o início do século XVIII, a Coroa portuguesa procurou estruturar guardas militares, fortins, fortes e fortalezas na região, visando fiscalizar o comércio regular e o contrabando, como também manter a defesa dessas fronteiras, não diferentemente do que vinha ocorrendo no distrito do Mato Grosso.

(...) Consideramos a designação do termo fortim a um pequeno assentamento fortificado de campanha utilizado para a defesa e vigia de pontos estratégicos, ou ainda como ponto de apoio de tropas. Desse modo caracterizamos como fortim uma pequena obra de defesa e/ou abrigo provisório de um pequeno contingente. Diferenciando dos fortes pelo tamanho, forma e características do sistema defensivo (...) Os estabelecimentos denominados de guardas poderiam estar associados a mais de um tipo de obras de fortificações passageiras, como a um fortim, a uma bateria e a barreiras. Esse conjunto de fortificações, geralmente temporárias, ou de campanha, é comumente designado pelo termo de entrincheiramento (Uessler, 2006: 52-53).

Sobre a arquitetura da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, o historiador português Miguel Faria ressalta que existe, no Arquivo Ultramarino, uma planta intitulada “Projecto da Fortaleza que se quer fazer no Prezídio

² Sobre a disputa entre portugueses e espanhóis pela posse dessa povoação, ver Castilho Pereira, 2012.

denominado Nossa Senhora da Conceição, na margem do rio Guaporé que extrema com as Missoens de Hespanha do Reyno do Peru” (Faria, 1996: 58). Essa planta foi feita pelo Sargento-Mor de Infantaria com exercício em engenheiro José Mathias de Oliveira Rêgo. Como autor do “risco” da nova fortaleza, Rêgo colocou em prática os conhecimentos adquiridos em instituições militares de engenharia que existiam no Reino e na América portuguesa. Era através das plantas, desenhos e mapas realizados pelos engenheiros portugueses e estrangeiros contratados pela Coroa que os monarcas tomavam as decisões de construção de fortalezas, vilas, abertura de estradas, construção de aquedutos, igrejas, conventos etc.

Com base no croqui da planta da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, apresentada por Miguel Faria, percebe-se que esse estabelecimento militar foi construído em formato pentagonal, de forma regular, com quatro pontas denominadas de polígonos. Na legenda existente na parte esquerda da planta existem especificações sobre os edifícios intramuros a serem construídos: 1) corpo da guarda e calabouço; 2) “quartel de pólvora”; 3) “quartel” de infantaria subterrâneo; 4) armazéns; 5) casa de armas; 6) hospital; 7) “quartéis”; 8) senzala de pretos; 9) “quartéis” novos. São também apresentados outros dados sobre a localização dos baluartes construídos no alto das muralhas, que permitia com que a artilharia se posicionasse em caso de ataques inimigos. Consta uma informação no croqui da planta dessa fortaleza que esta ainda não tinha sido edificada. Mas a sua edificação foi concluída em novembro de 1766, conforme informações prestadas pelo governador João Pedro da Câmara a Martinho de Melo e Castro.

Interessante observar que a organização do espaço interno dessa fortaleza se baseava em diferentes níveis hierárquicos, não somente o militar, mas também com base na condição jurídica e origem étnica dos indivíduos. Os escravos, por exemplo, tinham um espaço separado, agregado a parte interna do forte, o que permitia maior controle e vigilância por parte de feitores ou algum militar. São apresentados os “quartéis” destinados a oficiais e demais militares menos graduados, o que geralmente, podem ser observados nas plantas dos fortes e fortalezas construídos pelas Coroas ibéricas na América do Sul (Uessler, 2006: 63). O corpo da guarda e o calabouço se situavam em frente ao portão principal da fortaleza, o que possibilitaria o acesso às muralhas com maior rapidez, no caso de ataques de tropas ini-

mingas, como também facilitaria na troca de militares durante os diferentes turnos de vigiância. No calabouço, encontrava-se a prisão, onde os “infratores” eram detidos, o que demonstra que nesse espaço hierarquizado, normatizado e disciplinado as transgressões ocorriam, não diferentemente dos povoados da América portuguesa.

O “quartel” de pólvora se encontrava nos fundos (lado esquerdo), distante do alojamento dos militares, o que, provavelmente, estava instalado nesse ponto do forte devido à necessidade de manter a pólvora protegida, evitando que houvesse acidentes, o que poderia ferir e matar militares e escravos instalados na parte interna dessa fortificação.

Referente a existência de um “quartel” de infantaria subterrâneo, indicado na planta de 20 de junho de 1766 (quando ainda era o fortim de Nossa Senhora da Conceição), havia uma população de 284 militares e 215 escravos, totalizando 499. População armada para dar combate a um possível ataque espanhol a capitania de Mato Grosso. Essa população encontrava-se distribuída em distintas companhias militares: Dragões, Pedestres, Ordenanças dos Brancos, Ordenanças dos Pardos, Ordenanças dos Pretos e Aventureiros. No entanto, no mapa das forças militares da capitania mato-grossense, feito em 1773, percebe-se a existência de somente duas companhias militares atuando no forte Bragança (denominação que passou a ser conhecida a fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, a partir de 1769, por ordem da Coroa): uma companhia de Dragões com setenta e seis homens e uma companhia de pedestres com sessenta. Não há referência a uma companhia de infantaria alojada nesse estabelecimento, o que sugere que nem sempre os prédios ou “quartéis”, como eram chamados pelos engenheiros da época, tenham servido para os fins planejados.

A edificação de fortalezas com povoados nos seus arredores pode ser considerada como uma tradição portuguesa, ou seja, as praças fortificadas dependiam de habitantes para provê-las e defendê-las de ataques inimigos. Cidades-fortalezas foram fundadas no império português desde o século XV, nos continentes asiático, africano e americano, assegurando a conquista de vários territórios e rotas comerciais (Araujo, 2000: 258).

Desde o período em que o governador João Pedro da Câmara deu início à construção da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição (1765), um dos maiores problemas enfrentados durante as obras foi a falta de pedras e

cal, matérias-primas essenciais para a edificação de fortificações nos mais diferentes cantos do império português. Nem sempre essas matérias-primas eram encontradas em áreas próximas às fortificações, o que levava a Coroa a importá-las de regiões distantes, o que acarretava demora na execução das obras. Com base na informação dada pelo mestre de obras José Gonçalves Gago, de que havia abundância de um determinado tipo de barro em áreas próximas, e que era muito utilizado na construção de casas, o governador autorizou a edificação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, depois, forte Bragança, com barro, taipa e madeira.

Devido a uma enchente provocada pelo rio Guaporé, as frágeis muralhas do forte Bragança ficaram seriamente arruinadas, o que fez com que seu sucessor, o governador Luís Pinto de Souza Coutinho (1769-1772), em 1771, formasse uma comissão de militares e membros da Provedoria da Fazenda para avaliar os problemas que tinham surgido em sua infraestrutura. Considerava o governador que os reparos daquela fortificação deveriam ser feitos com urgência devido ser aquela praça a mais bem guarnecida de toda a capitania de Mato Grosso.

A vistoria do forte Bragança foi feita por uma comissão constituída pelo comandante do forte Marcellino Roiz, o Tenente de Dragões Antônio José de Figueiredo Tavares, o Furriel Mathias Ribeiro da Costa, o escrivão da Fazenda Real Gregório Pereira de Souza, o tesoureiro da Fazenda Real Joaquim de Mattos e o Mestre carpinteiro Agostinho José Botaffogo. Além destes, participaram o Sargento-Mor Engenheiro José Mathias de Oliveira Rêgo e o mestre de obras José Gonçalves Gago, com a responsabilidade “de fazer exame e vistoria da dita Praça, tanto dos materiais com que foi fabricada, como o terreno em que está fundada. Antônio Ferreira Coelho, escrivão do Ponto e Forte”.³

Em 09 de maio de 1771, foi entregue a Souza Coutinho o relatório da “vistoria ocular que se fez no Forte Bragança fundada sobre a margem ocidental do Rio Guaporé na capitania de Mato Grosso”. Feita a vistoria, constatou-se a precariedade da estrutura da fortificação que, segundo o relatório da comissão, estava sujeito a desabar, pois a sua construção, feita de barro tipo “areia amanteigada”, permitia que as paredes sofressem infiltrações, devido

³ *Anais de Vila Bela*: 1734-1789. 1771, Junho, 18.

o contato com a água. Recomendava a comissão que mesmo sendo feitos os devidos reparos, aquela praça militar não resistiria por muito tempo. Não satisfeito com essa vistoria, o governador Souza Coutinho solicitou uma nova averiguação, como também que se avaliasse um outro terreno para a construção de um novo estabelecimento militar. Procurou manter José Mathias de Oliveira Rêgo na nova comissão, mesmo duvidando da sua capacidade profissional, pois o mesmo tinha sido o responsável pela edificação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, em 1765.

Não me parece conveniente ouvir neste particular unicamente o Sargento-mor José Mathias que dirigiu aquela obra, por poder parecer suspeito, e nem mesmo julguei indispensável conservá-lo aqui mais tempo, tanto por me parecer igualmente hábil Ajudante que o acompanhou e de gênio menos difícil, como por se lhe ter acabado o tempo restrito do seu provimento sem mais dependência algum deste Governo.⁴

Ao comentar sobre a atuação de Oliveira Rêgo, o governador fez referência sobre o ajudante de engenharia Domingos Sambucetti, que tinha ido para a capitania de Mato Grosso do Estado do Grão-Pará e Maranhão, designado para fazer uma vistoria do forte Bragança.

Os pareceres finais foram dados em 22 de fevereiro de 1772. Oliveira Rêgo voltou a confirmar o seu parecer anterior, porém apresentou informações adicionais sobre o terreno onde poderia ser construída a nova fortificação. No entanto, Domingos Sambucetti, em seu parecer, considerou que se fossem feitas as reformas naquela fortificação, a Fazenda Real teria de desembolsar grande soma de recursos. Além disso, considerava que aquela praça poderia ser facilmente atacada a partir da outra margem do rio Guaporé, devido estar situada em um terreno baixo, o que a colocava na mira da artilharia inimiga. Essa informação difere da existente no desenho feito por João Batalha Reis, em 1769, pois aparece o forte edificado em um barranco alto, o que aparentemente encontrava-se de acordo com as instruções existen-

⁴ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*. 1772, Fevereiro, 28. Ofício de Souza Coutinho a Martinho de Melo e Castro com que informa o parecer de dois engenheiros do Grão Pará sobre o Forte Bragança (Projeto Resgate. AHU. Mato Grosso, caixa 16, documento. 975, Cd 04).

tes nos tratados de engenharia do período.

Seguindo as ordens de Souza Coutinho, Sambucetti examinou o terreno, junto com Oliveira Rêgo, constatando que a nova localização proposta situava-se exatamente a um quarto de légua do forte Bragança (cerca de dois quilômetros e duzentos metros), e que a nova área era mais apropriada para a construção da fortaleza, por situar-se em uma parte elevada sem possibilidade de sofrer com as enchentes do rio Guaporé. Possuía o terreno duzentas braças de frente e de fundos, e espaço suficiente para dar início a uma reforçada fortificação. O terreno firme poderia garantir a edificação da nova fortificação com segurança, diferente do que ocorreu com o forte Bragança, que tinha sido construído em uma área não tão elevada, porém, insalubre, o que acabava provocando doenças nas pessoas que moravam no interior do forte e em seus arredores. Verificou também que havia pedras suficientes para dar o início a uma nova fortificação, que poderia vir a ser “de primeira classe”, bastante sólida. Dois aspectos relatados por Sambucetti destoaram do parecer de Oliveira Rêgo: a) fez um minucioso levantamento entre uma margem e outra do rio Guaporé, verificando onde poderia ser colocada a artilharia inimiga, no caso de um ataque à nova fortaleza. Considerou que as táticas militares poderiam ser utilizadas, tendo em vista que a posição do novo forte, similar às existentes na costa litorânea, deveria se encontrar sempre em partes elevadas para manter o controle da ofensiva inimiga; b) ao medir a extensão de uma margem a outra do rio, constatou que tinha 215 braças, largura necessária para estabelecer baterias de artilharia nos barrancos, além das existentes no forte, pois com o alcance dos tiros poderia atingir as forças inimigas com maior facilidade.⁵

Importante sublinhar que o parecer de Sambucetti apresenta maior rigor na avaliação do terreno escolhido para ser edificada a nova fortificação, procurando se pautar por critérios “científicos”, baseados nos tratados da época sobre fortificações. Esses tratados versavam sobre hidrografia, topografia, pirobalística, enfim conhecimentos que eram essenciais na formação de engenheiros militares.

Na obra “Arquitectura militar ou fortificação moderna, 1743”, de autoria de Diogo Silveira Velloso (2000), que foi mestre de fortificações

⁵ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*. 1772, Fevereiro, 28.

na Aula do Recife, consta aspectos teóricos que um engenheiro deveria aprender durante a sua formação. Entre a teoria propagada por Velloso e o trabalho prático exercido por Sambucetti ao fazer a avaliação sobre a melhor área e como deveria ser construída a nova fortificação, percebe-se que o genovês detinha os conhecimentos necessários que o habilitavam no seu ofício. Experiência essa que os italianos, como vimos, foram pioneiros desde a Renascença.

Sobre o papel dos engenheiros no período moderno, a atuação deles no Império português, durante a segunda metade do século XVIII, foi marcada por uma dimensão política que entendia as cidades “como a corporificação no espaço do organismo estatal, da clareza das suas leis e dos seus princípios racionais” (Araujo, 2000: 269). Quer dizer, os engenheiros eram recrutados pela Coroa tanto para construir estabelecimentos militares, como também para desempenhar atividades urbanísticas e de ensino, além de atuarem na administração política. Esses profissionais tinham uma posição de prestígio no Reino e nos territórios de além-mar e, devido aos serviços prestados, procuravam obter privilégios e mercês do Rei. Como bem destacou Renata Araújo, o engenheiro consistia “num modelo de profissional polivalente, sempre requisitado: eram um misto de intelectuais, cientistas e técnico, o que desde há muito já os fazia integrantes da elite cultural do País” (Araujo, 2000: 269-270). Sambucetti não foge a esse perfil, conforme pode ser observado na sua vasta folha de serviços prestados à Coroa portuguesa.⁶

⁶ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*. 1775, maio, 19. Requerimento de Sambucetti ao rei D. José I, em que pede para ser promovido ao posto de sargento-mor engenheiro. (Projeto Resgate. AHU. Mato Grosso, caixa 17, documento 110, Cd 04). Alguns meses após concluir seu relatório e entregá-lo ao governador Souza Coutinho, Sambucetti retornou para Belém (julho/1772). A folha corrida desse engenheiro parecia ser a mais indicada para a empreitada de construção do novo forte. No requerimento em que pede sua promoção ao cargo de Sargento-Mor Engenheiro, foi juntado certidões dos governadores do Estado do Grão-Pará e Maranhão e da capitania de Mato Grosso atestando os serviços que tinha prestado. Nascido em Gênova, declarava que, a partir de 19 de novembro de 1756, encontrava-se no Estado do Grão-Pará e Maranhão como ajudante de Infantaria no cargo de Engenheiro, onde prestou inúmeros serviços, inclusive o levantamento cartográfico do rio Solimões, feito a pedido do governador Francisco Xavier de Mendonça Furtado. Sambucetti, Henrique Antônio Galuzzi e Antônio José Landi, chegaram a Amazônia portuguesa, após a assinatura do Tratado de Madri, contratados pela Coroa com a finalidade de construir fortificações em pontos-chave daquela região.

O Real Forte Príncipe da Beira: do risco à pedra inaugural

Em dezembro de 1772, D. Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres assumiu o governo da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Como era usual, na passagem do cargo, Souza Coutinho apresentou detalhadas informações sobre a capitania, como a situação de sua povoação, da agricultura, das minas, do comércio e dos novos estabelecimentos, da administração da fazenda, da justiça, do poder eclesiástico e sobre a organização das tropas e milícias.⁷ Pereira e Cáceres tinha sido nomeado em Lisboa, em 13 de agosto de 1771, e recebeu do Secretário de Estado dos Negócios da Marinha e dos Domínios Ultramarinos, Martinho de Melo e Castro, instruções de como deveria proceder durante seu governo.⁸

Nas informações entregues por Souza Coutinho a Pereira e Cáceres, existem referências ao forte Bragança, sendo relatado sobre a vistoria feita por Oliveira Rêgo e Sambucetti, com pareceres sobre a sua estrutura e informando que este tinha sido construído em um terreno impróprio, e que fora avaliado um novo local para a edificação de outra fortificação, “o qual reúne ao mesmo tempo a solidez do terreno, com as maiores vantagens de defesa”.⁹

Considerava Souza Coutinho que no novo estabelecimento militar poderiam alojar “a Artilharia e a Guarnição Militar, ficando a presente reduzida a Aldeia de Lavradores com algumas tendas miúdas para o tráfico com os índios vizinhos”. Recomendava ainda que o forte Bragança e as terras vizinhas fossem utilizadas “para o sustento da guarnição, e hospital; nas suas imediações há campanha suficiente para pasto de 600 cabeças, e para criação de 50 cavalos”. Medidas essas que seriam essenciais para abastecer a população envolvida nas obras e os militares que seriam aquartelados na nova fortificação.

A preocupação da Coroa não era somente com a defesa da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, mas garantir o povoamento de áreas próximas da

⁷ Vila Bela, 24 de dezembro, 1772. Instrução de Souza Coutinho para Pereira e Cáceres. In: Mendonça, 1985: 109.

⁸ Lisboa, 13 de Agosto, 1771. Instruções que levou Pereira e Cáceres quando foi nomeado governador e capitão-general da Capitania de Mato Grosso. In: Freyre, 1978: 363.

⁹ Vila Bela, 24 de dezembro, 1772. Instrução de Souza Coutinho para Pereira e Cáceres. In: Mendonça, 1985: 110.

nova fortificação, medida que vinha sendo implementada desde a edificação do fortim de Nossa Senhora da Conceição. Sem população não seria possível levar adiante o ambicioso projeto de integração entre a capitania de Mato Grosso e o Estado do Grão-Pará e Maranhão, nem tampouco garantir as riquezas minerais existentes no distrito do Mato Grosso (Fernandes, 2003: 100-101).

Percebe-se a preocupação da Coroa em garantir, efetivamente, o controle dessa parte da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso diante a possibilidade de invasão de tropas espanholas. A ligação mantida entre Belém e Vila Bela era através da navegação via os rios Guaporé > Mamoré > Madeira > Amazonas (Fernandes, 2003: 45).¹⁰ A nova fortificação daria continuidade ao papel desempenhado pelo forte Bragança, que era o de assegurar a navegação do rio Guaporé com o Estado do Grão-Pará e Maranhão. Com base nas correspondências de Domingos Sambucetti com os governadores Souza Coutinho e Pereira e Cáceres, entre 1772 a 1777,¹¹ podemos reconstituir alguns momentos iniciais das obras do forte Príncipe da Beira, como também saber as imensas dificuldades enfrentadas por esse ajudante de engenharia genovês no interior das florestas do vale do Guaporé, onde se deparou com a falta de recursos humanos para auxiliá-lo nas atividades de engenharia, de artesãos com experiência nos ofícios de carpintaria, ferreiro, extração de pedras (caboqueiro), além da grande dificuldade em obter mão-de-obra escrava e equipamentos adequados para o trabalho nas obras.

¹⁰ Segundo Antonio Leôncio Pereira Ferraz, o forte Príncipe da Beira ficava “em 12o. 36’ de Latitude e 21o. 26’ 28” de Longitude W do Rio de Janeiro”. Ferraz, 1930: 189.

¹¹ No Arquivo Público de Mato Grosso (APMT) selecionamos dezenove correspondências de Domingos Sambucetti enviadas aos governadores Souza Coutinho e Pereira e Cáceres, desde 1772 a 1777, contendo minuciosas informações sobre o forte de Nossa Senhora da Conceição (forte Bragança) e o andamento das obras do forte Príncipe da Beira. Somadas a essas cartas, selecionamos mais oito que foram publicadas por Gilberto Freyre, em 1978, e por Marcos Carneiro de Mendonça, em 1985, totalizando vinte e sete documentos. Optamos em trabalhar aspectos referentes às técnicas construtivas dessas fortificações, apontando nesses cenários as formas de sociabilidades estabelecidas entre os distintos grupos étnico-culturais participantes desse processo produtivo. Cabe esclarecer, que, as cartas escritas por Sambucetti a Pereira e Cáceres, não fazem nenhuma menção ao Príncipe da Beira, pois somente em junho de 1776 é que esse estabelecimento militar receberá essa designação, em homenagem ao primogênito da Princesa D. Maria Francisca (primeira herdeira ao trono) e segundo, na linha de sucessão a Coroa. Esse título era concedido aos primogênitos herdeiros da Coroa, desde 1734.

Importante ressaltar que as experiências vividas por esse genovês nessa parte da América do Sul, foram compartilhadas com personagens que detinham experiências socioculturais muito distintas do seu grupo de origem, como africanos e ameríndios. No canteiro de obras montado por Sambucetti eram frequentes as contendas entre homens brancos e africanos (escravos e forros), como havia conflitos envolvendo também militares. Nesse cenário, os antagonismos eram motivados pelas fortes clivagens existentes nessa sociedade luso-brasileira. Era um espaço onde, invariavelmente, explodiam as tensões, trazendo à tona as mais diversas formas de resistências culturais, não diferentemente do que ocorria em outras partes da América portuguesa. No entanto, vale considerar que essas relações eram também pautadas por negociações e solidariedades, pois viver em um ambiente hostil, onde havia doenças, violência, solidão, acabava provocando momentos de aproximações entre esses indivíduos, mesmo pertencendo a diferentes classes, grupos étnico-sociais.

As relações sociais nesse ambiente eram sujeitas a hierarquias, pautadas em distinções étnico-sociais. No mais baixo degrau dessa escala se encontrava a maior parte da população, constituída de negros e mestiços, que viviam nas condições de escravos e libertos, sob mando de uma minoria branca. Somado a esses grupos tinham os ameríndios que viviam nas proximidades do forte Bragança, e que desempenhavam inúmeras funções, como a de lavradores, pescadores, remeiros, trilhadores e soldados. Devido à presença desses ameríndios próximos ao forte, o governador Souza Coutinho redistribuiu parte dessa população para as Povoações ameríndias de Lamego e Leomil. A intenção do governador era manter um grupo nas proximidades do forte e um outro nessas aldeias. Souza Coutinho autorizou a Provedoria da Fazenda a liberar recursos para a compra de ferramentas, roupas e outros utensílios, que servissem para o cultivo de gêneros alimentícios, pesca e a criação de pequenos animais. A ideia era ter áreas produtivas nas proximidades do forte, visando abastecer os militares e garantir a manutenção dos próprios ameríndios.

Alguns militares, de origem portuguesa, com experiência em engenharia eram destinados a auxiliar Sambucetti em levantamentos hidrográficos, topográficos, desenho, etc. Cabia ao comandante do forte Bragança, tenente-de-dragões Joseph Manuel Cardoso da Cunha, que tinha sido nomeado pela

Coroa no lugar de Manoel Caetano de Souza,¹² manter o controle sobre as ações dos militares que se encontravam sob sua jurisdição, executando tarefas como o patrulhamento dos rios, expedições em busca de escravos e soldados fugitivos, supervisão sobre as povoações de ameríndios de Lamego e Leomil e atender as solicitações feitas por Sambucetti para a execução das obras. Com certa frequência, o comandante enviava correspondência a Pereira e Cáceres, informando sobre a atuação do genovês no canteiro de obras, e sobre o comportamento dos trabalhadores que ali estavam. No topo da hierarquia, portanto, encontrava-se o governador, que residia em Vila Bela.

O comandante do forte Bragança, Joseph Manuel Caetano de Souza, quando da chegada de Sambucetti ao local tinha sido encarregado por Pereira e Cáceres para atender as solicitações feitas pelo engenheiro, visando o imediato início das obras. O genovês ficou instalado, inicialmente, em uma modesta casa de propriedade da preta forra Ana Moreira. Devido à falta de iluminação para dar início ao trabalho de confecção das plantas da nova fortificação, ele preferiu utilizar-se de algumas árvores de laranjeiras que existiam próximas à casa, pois considerava como um espaço mais arejado e com iluminação. O cabo de esquadra Antônio Ferreira Coelho, tinha sido designado por Caetano de Souza para acompanhá-lo durante o trabalho de campo, pois o terreno, que em 1771 tinha sido escolhido para erguer a fortaleza, encontrava-se totalmente tomado de mato, e os pequenos casebres que existiam nele não davam condições de moradia. Durante a limpeza do terreno foram utilizados 27 escravos pertencentes a Coroa e 16 de propriedade de Manoel de Souza Silva. O primeiro passo foi derrubar e limpar a mata que existia à margem do rio Guaporé, como também a área onde se encontrava o seu improvisado “escritório”. Em seguida, Sambucetti mandou construir “um telheiro de dez braças de comprimento e três de largura para logo se poderem acomodar os pretos do Rei”. A intenção do genovês era ter os escravos próximos ao local onde seria montado o canteiro de obras. O genovês mandou também edificar uma

¹² Esteve à frente do comando do fortim de Nossa Senhora da Conceição (desde a sua edificação), o alferes-de-dragões Marcelino Rodrigues Roiz. Quando o fortim foi transformado em fortaleza, em novembro de 1766, passou a ser comandado por Joseph Manuel Caetano de Souza. Este foi substituído pelo tenente-de-dragões Joseph Manuel Cardoso da Cunha em dezembro de 1775. Quando Sambucetti chegou ao forte Bragança para dar início às obras do forte Príncipe da Beira o comandante daquela praça ainda era Caetano de Souza.

pequena casa para abrigar o feitor Thomaz, que tinha como responsabilidade manter a escravaria sob vigilância. Toda uma engrenagem de controle e punição se reproduzia nesse ambiente: feitores, escravos e atos de violências fizeram parte desse cenário, desde o início das obras. A preocupação primeira era a de preparar o terreno às margens do rio Guaporé, “onde ficaria na frente o lado maior e total do quadrado, conforme as dimensões do projeto último por V. Ex.^a tinha me ordenado; e só depois de desta operação é que ficará orientada a planta, e eu a enviarei a V. Ex.^a uma cópia, na conformidade que me ordena”.¹³

A limpeza de terrenos, a extração e o transporte de pedras e madeiras, a abertura de fossos, enfim, o trabalho mais pesado era desenvolvido por escravos africanos e crioulos que, desde as primeiras horas do dia se ocupavam das atividades distribuídas pelos feitores. Não há menção sobre o trabalho ameríndio nas obras, o que não invalida a sua participação em atividades como remeiros, trilhadores, pescadores, pois se encontravam alocados nas proximidades do forte Bragança e eram considerados pela Coroa como povoadores, vassalos do Rei.

Cabia aos militares com alguma formação em engenharia auxiliar Sambucetti na execução das obras da nova fortificação. Escravos fugitivos, quando recapturados em domínios espanhóis ou nos quilombos existentes na capitania de Mato Grosso, eram enviados para trabalhar nas obras do forte Príncipe da Beira. Dos armazéns da Provedoria da Fazenda instalada em Vila Bela e dos Povoados ameríndios de Lamego e Leomil, eram enviados gêneros alimentícios, como milho, farinha, toucinho, para abastecer os armazéns do forte Bragança e alimentar os trabalhadores que se encontravam nas obras.

As pedras e madeiras necessárias à edificação do forte Príncipe da Beira eram retiradas de morros próximas e levadas através do rio Guaporé ao canteiro de obras. Sambucetti, ao dar notícias, em 23 de maio de 1775, a Pereira e Cáceres, deu destaque ao trabalho dos escravos que se encontravam extraindo madeiras da mata, principalmente procuravam aproveitar uma velha ubá¹⁴

¹³ APMT. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 27 de abril de 1775. Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva. Local: Forte da Conceição e das Obras, p. 125-126.

¹⁴ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*, p. 176. “Ubás, Canoas de uma só peça de madeira”.

e transportá-la através do rio até ao canteiro de obras. Sambucetti procurava alternar as tarefas, deslocando os escravos e os carpinteiros para a retirada de madeiras que seriam utilizadas na construção dos edifícios. Era reduzido o número de carpinteiros para atender tamanha demanda de tarefas, como o fabrico de portas, preparação dos caibros para os telhados, portais; enfim, para as atividades que eram essenciais para a edificação dos primeiros edifícios. Um dos ajudantes do genovês chamava-se João Leme, e ocupava a função de mestre carpinteiro. João Leme tinha como auxiliares dois oficiais designados pelo comandante do forte Bragança. Além desses ajudantes, também contava para ajudá-lo um mulato chamado Antônio, apelidado de Taipeiro. Sambucetti também informou a Pereira e Cáceres que já tinha confeccionado “a planta; e que da parte de cima sobeja terreno bastante sobre a margem do rio para nele se construir os edificios todos (...) ainda observando a mesma figura de um retângulo”.¹⁵ As plantas foram feitas seguindo orientações de Pereira e Cáceres, em formato retangular, tipo uma estrela de quatro pontas, com muralhas abaluartadas, um estilo arquitetônico predominante nas fortificações ibero-americanas.

Em relação aos tipos mais comuns de traçados utilizados e projetados nas fortificações ibero-americanas, compartilhamos com as afirmações de Gutiérrez e Esteras (1991). Dentre elas destacamos que o traçado quadrangular foi o mais utilizado nas fortificações abaluartadas americanas, tanto de campanha como das permanentes (...) Deve-se considerar a relação do traçado das fortificações em função das características topográficas do terreno. A linha podia seguir uma diretriz geométrica regular ou irregular (Uessler, 2006: 68-69).

O genovês, ao ser designado por Pereira e Cáceres para construir a nova fortificação, sabia da operosa responsabilidade que lhe coubera para conduzir tal empreitada. Procurou, desde a sua chegada ao local, organizar o canteiro de obras, requisito primeiro para a edificação de uma fortificação. Desde o início das obras procurou prestar minuciosas informações ao governador, como as dúvidas que tinha, por exemplo, sobre “se devia construir

¹⁵ Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, de 23 de maio de 1775. In: Freyre, 1978: 291-292.

primeiro os subterrâneos ou casamatas numa só cortina ou três”? Sambucetti demonstrava inquietação com a segurança, pois conhecia muito bem como tinha sido construído o antigo forte, e sabia da importância de se edificar a nova fortificação de forma segura. O genovês procurou planejar a construção dos primeiros edifícios na parte mais alta do terreno, “em primeiro lugar os armazéns, e depois as demais acomodações, e verei que forme a figura de um retângulo”. A preocupação com o formato da fortificação era frequentemente observado por Sambucetti em suas cartas a Pereira e Cáceres que, por sua vez, assim determinara que fosse construído. Comunicava ao governador sobre os esteios que tinham sido feitos e as madeiras retiradas da floresta para serem utilizados na construção de portais, telhados etc. Uma das principais matérias-primas, as pedras, tão necessárias à construção da fortificação tinham sido encontradas em morros próximos ao canteiro de obras; o que permitiu executar a primeira parte do que tinha sido planejado.

Percebe-se nas atividades desenvolvidas por Sambucetti a relação entre a teoria e o trabalho prático: a confecção da planta, o preparo do terreno, a demarcação da área, a recolha do material necessário para a edificação (pedras, madeira, etc.), a construção dos primeiros edifícios. Beatriz Bueno destaca que todo o trabalho desenvolvido pelo engenheiro ao preparar o terreno e a aplicação dos procedimentos empregados durante a construção de fortificações, desde meados do século XVIII, pode ser observado nos capítulos 6º e 7º do tratado sobre “Arquitectura Militar ou fortificação moderna”, elaborado por Diogo da Silveira Velloso, que trata, principalmente, sobre a “Hercotec-tonica” (Bueno, 2000: 36-37).

O tratado de Velloso apresenta descrições pormenorizadas de cada etapa a ser observada pelo engenheiro durante a edificação da fortificação, em especial, como se deveria proceder a medição do terreno. A modelagem do espaço (preparação do terreno) seguia critérios previamente planejados pela Coroa; dessa forma, objetiva-se formar nos territórios além-mar, ambientes normatizados e hierarquizados, vinculados aos interesses ideológicos, econômicos, religiosos e culturais da sociedade portuguesa da época.

Em junho de 1775, Sambucetti informou Pereira e Cáceres de que já tinha erguido “todos os esteios principais dos dois armazéns do quartel de Almoxarifado, do Calabouço, e do Corpo da Guarda; e também se abriram os buracos para os esteios principais dos quartéis indicados na planta desde

o número 10 até o número 20”. Indicava as atividades desempenhadas pelos escravos e demais operários no corte de madeiras que seriam utilizadas na construção dos portais e na confecção de caibros para as armações dos telhados e informava sobre a sua mudança para o novo “quartel”, no qual incluía a mesa de riscar, instrumento necessário para trabalhar na confecção de novas plantas da fortificação.¹⁶ Aliás, todo o trabalho de engenharia realizado nas obras do forte Príncipe da Beira necessitava de instrumentos apropriados, como as pranchetas circulares, as quais, segundo Beatriz Bueno, eram o “mais importante instrumento empregado nos levantamentos topográficos” (Bueno, 2000: 33).

Em outro momento, fazia questão de frisar, novamente, sobre a arquitetura do forte Príncipe da Beira: “cuidei logo em mandar (...) levantar os armazéns e mais acomodações formando a figura de um retângulo, visto a capacidade do terreno assim o permitir, e eu não divisar inconveniente ou dificuldade alguma que me obrigasse a afastar-me da figura sobredita”.¹⁷ A escolha do terreno, em um rochedo alto à margem direita do rio Guaporé, permitia construir, segundo sua avaliação, uma fortificação sem risco de desabar ou de sofrer com as enchentes, como tinha ocorrido com o forte Bragança.

Na minha última de 23 passado participei a V.^aEx.^a a capacidade que oferece o terreno *da parte de cima e na margem do rio (...)*; resta-me agora notificar a V.^aEx.^a de que para fora da esplanada e perpendicular ao lado do mesmo forte formei frente sobre o rio de 60 braças, e que ao fazer desta se acham 25 esteios já aplumados além de muitos buracos já feitos, e que todos custarão a abrir por se dar em pedra. As sobreditas 60 braças de frente compreendem os dois armazéns, os dois aquartelamentos para soldados, e o quartel do almoxarife, um dito para sargentos, o calabouço, o corpo de guarda, e o quartel para a mesma na conformidade da planta por V.^aEx.^a ordenada; o terreno que se executam os sobreditos edifícios é perfeitamente plano; porém para a parte de cima depois de 60 braças de-

¹⁶ APMT. Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, 18 de junho de 1775. Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva.

¹⁷ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 295.

clina consideravelmente, e por esta razão senão poderão formar os quatro quartéis indicados na planta com os números 1, 2, 12 e 13 de cujos fica reservada a sua construção nos lados menores do retângulo.¹⁸

Durante todo o mês de junho de 1775, o ritmo das obras continuou intenso, apesar das intempéries que surgiram durante esse período, como doenças que atingiram alguns escravos e trabalhadores livres. No entanto, havia avanços, pois o improvisado “escritório” de Sambucetti, levantado debaixo de laranjeiras, agora já podia ser substituído por acomodações mais confortáveis, com paredes sólidas, rebocadas com o abundante barro que existia na região e coberto com folhas de palmeiras, conhecidas como “olho de uacaba”, que foram utilizadas por serem consideradas mais fáceis de serem extraídas das matas. A carpintaria e mais dois “quartéis” já se encontravam também quase cobertos. Sambucetti estava terminando a construção de uma olaria e do forno que seriam utilizados para o fabrico de telhas para cobrir os armazéns e outros edifícios que se encontravam em fase de conclusão. O foco principal, nesse período, era terminar a construção desses edifícios. Para que isso fosse possível, os escravos eram frequentemente deslocados das pedreiras para a extração de madeiras. Estavam concluídos dois armazéns, o “quartel” do almoxarife, o corpo da guarda e o calabouço, faltando construir outros “quartéis”, conforme tinham sido “indicados na planta desde o número 12 até o número 20, para que estejam ao menos estas acomodações prontas no caso que cheguem canoas do Pará com alguma brevidade”.¹⁹

A alusão à possível chegada de mercadorias do Estado do Grão-Pará permite-nos ter uma dimensão da importância da nova fortificação para o desenvolvimento econômico e comercial da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Anterior a sua construção, o forte Bragança consistia no elo de ligação entre a Amazônia portuguesa e a capitania mato-grossense; o rio Guaporé era o corredor natural que permitia o transporte de mercadorias, tropas militares, armamentos, comerciantes, autoridades régias e eclesiásticas.

¹⁸ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 296.

¹⁹ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 296-297.

De um espaço “bruto”, “selvagem”, os portugueses, através do forte Bragança e com a movimentação no canteiro de obras do forte Príncipe da Beira, criavam uma nova espacialização, articulando esses sertões ao restante da América portuguesa. Cabe ressaltar que a atuação dos personagens que atuaram durante a edificação do forte Príncipe da Beira interferiu diretamente nos ecossistemas existentes: a mata foi derrubada para a retirada de madeiras, a terra foi revolvida para a extração de pedras, as margens do rio Guaporé tiveram sua mata ciliar derrubada, enfim, no espaço onde existiam palmeiras nativas foram edificadas armazéns, almoxarifados e os edifícios para o corpo da guarda.

Essa era a primeira grande etapa a ser vencida por Sambucetti, pois depois de concluí-la, tinha planejado a abertura dos fossos para a construção das muralhas do forte. A extração e o transporte das pedras dos morros próximos eram atividades que demandavam o recrutamento de todos os escravos que, naquele momento, chegavam a setenta. Para Sambucetti esse número era insuficiente, o que o fez solicitar, inúmeras vezes, ao governador o envio de mais cativos para levar adiante a empreitada. Não era fácil obter essa mão-de-obra para trabalhar nas obras, apesar dessa população ser expressiva em proporção aos livres: em 1771, a população escrava chegava a 6.573 indivíduos, o que representava 55,42% de toda a população da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, que era de 11.859 habitantes (Silva, 2004: 253). Devido ao alto custo para aquisição de escravos negros e a instável economia mato-grossense, baseada, principalmente, na mineração, as autoridades régias e os proprietários, desde meados do século XVIII, tiveram dificuldades para importar essa mão-de-obra, o que justificava a utilização de ameríndios em várias atividades produtivas da economia da capitania. O envio de cativos para trabalhar nas obras do forte Príncipe da Beira foi alvo de reclamações por parte de alguns proprietários, que alegavam que a ausência dos escravos poderia comprometer a produtividade de setores ligados à mineração e às propriedades agropastoris.

Os sucessivos relatos enviados por Sambucetti, entre março e junho de 1776, apontam para a aceleração das diferentes fases das obras. Acreditava o genovês que o assentamento da “primeira pedra” da nova fortificação, poderia ser feita em abril daquele ano. No entanto, o genovês, alguns artesões e vários escravos ficaram bastante adoentados, devido às sezões que tinham

contraído. Essa situação acabou interferindo no andamento dos serviços.²⁰

Nas cartas enviadas a Pereira e Cáceres, Sambucetti, além de apontar o ritmo em que se encontravam as obras, procurava relatar as duras condições ambientais que tinham de enfrentar os seus auxiliares militares, feitores, escravos e artesões, envolvidos nas diferentes fases de construção da fortificação. A engenharia portuguesa insistia em domesticar o sertão que, por sua vez, fazia as suas vítimas, com as “sezões” que nunca davam tréguas. A cada escravo que caía adoentado ou morria, Sambucetti voltava a insistir com Pereira e Cáceres para que enviasse mais cativos para trabalhar nas obras. Ao derrubarem a mata para cortar madeiras, extrair as pedras, e com o contato frequente com as águas do rio Guaporé, os escravos acabavam ficando vulneráveis a inúmeras doenças. Praticamente, todos os governadores que administraram a capitania fizeram constar em suas correspondências enviadas ao Reino informações sobre as doenças contraídas em Mato Grosso. Sambucetti não foi exceção a esse quadro: em abril de 1776, mais um de seus auxiliares, o furriel Felix Botelho de Queiroz, foi vítima de uma enfermidade “gravíssima sendo no seu princípio umas sezões que logo arruinaram e o reduzirão a maior risco de vida”.²¹

Apesar das baixas provocadas pelas condições insalubres da região, em 20 de junho de 1776, foi feito o lançamento da pedra de fundação do forte Príncipe da Beira, “cuja pedra foi com efeito posta no alicerce flanqueado no baluarte em que de presente se trabalha, com pequena diferença, olha para o Poente; e determinou o dito Sr. que a mesma Fortaleza, de hoje em diante, se denominasse – Real Forte Príncipe da Beira”.²²

A partir dessa data, as cartas enviadas por Sambucetti a Pereira e Cáceres passaram a se referir ao forte Príncipe da Beira, e não mais ao canteiro de obras. Em outubro de 1776, o genovês noticiava ao governador que a primeira muralha do forte estava sendo erguida.

²⁰ APMT. Forte da Conceição, das obras. Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 10 de março de 1776, Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva.

²¹ Forte da Conceição, das obras. Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 1º de abril de 1776. Apud Mendonça, 1985: 321.

²² APMT. 20 de junho de 1776. Auto de Fundação do Real Forte Príncipe da Beira. Fundo. Fundo. Governadoria. Grupo: Secretaria de Governo. Lata A. Correspondência recebida.

Depois de ficar assentada a sapata em ambas as faces e ângulos da espada deste primeiro baluarte, no dia 16 de Setembro se deu o princípio a muralha, e na data de hoje se acha meia face na altura de 3^{1/2} palmos com três oficiais por estarem os mais doentes e um ocupado no forte da Conceição. O método com que vai executada a muralha é um tanto novo para estes oficiais; e em quanto o mesmo Patrício Antonio senão desembaraça pouco me posso afastar da obra. Na direção da linha capital mandei abrir um rasgo para despejo das águas do fosso, e é aonde a seu tempo se deve formar um cano de pedra para o referido fim.²³

Sambucetti se referia à edificação do forte Príncipe da Beira, das suas muralhas feitas com pedras misturadas com cal e barro, que dariam mais aderência e tornariam aquela fortificação mais segura. Em diversos momentos, Sambucetti procurava valorizar o seu trabalho, afirmando que a nova fortificação era mais resistente e melhor construída do que a anterior. Salienta, inclusive, que o barro, como estava sendo utilizado, dava mais “segurança” à edificação. O uso do barro era justificado, aliás, pela dificuldade em obter a necessária cal,²⁴ sendo longo e demorado o trajeto feito até a chegada desse material ao forte Príncipe da Beira.

As inscrições régias que foram colocadas no portão de entrada do forte Príncipe da Beira eram as mesmas que tinham sido colocadas na fortaleza de São José do Macapá, no Estado do Grão-Pará e Maranhão: o brasão, representando a dinastia Bragança; a Coroa, o poder do rei, e o crucifixo, a presença da igreja.

Enquanto as obras do forte Príncipe da Beira prosseguiam,²⁵ o início do ano de 1777, trouxe profundas mudanças para a política portuguesa. Em 24

²³ Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 08 de outubro de 1776. In: Freyre, 1978: 321.

²⁴ A cal utilizada na edificação do forte Príncipe da Beira não era proveniente somente da Vila Real do Cuiabá; a partir da fundação do povoado de Albuquerque (atual Corumbá, MS), em 1778, essa matéria-prima passou a ser enviada para o forte visando à construção dos edifícios e das suas muralhas.

²⁵ Sambucetti continuou no comando das obras de construção do forte Príncipe da Beira até dezembro de 1777. Em 1778 faleceu de malária, doença que o atormentou durante todo o período em que viveu na capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Como seu substituto, foi nomeado o Capitão de Engenheiros Ricardo Franco de Almeida Serra.

de fevereiro, findava o reinado de D. José I, e ocorria o desterro político do marquês de Pombal. Mas aquela obra de fortificação, iniciada em 1775, mesmo inconclusa, demarcou as ousadas pretensões políticas do reinado josefino, em garantir na fronteira mais ocidental do Império português, o controle de uma vasta região situada no vale do Guaporé, limítrofe com as populosas missões de Moxos e Chiquitos, instaladas no Vice-Reinado do Peru.

Com a entronização de D. Maria I, Portugal e Espanha celebraram um novo acordo diplomático, em 1º de outubro de 1777, o Tratado de Santo Ildefonso, que dispunha: “Nos rios cuja navegação for comum às duas nações em todo ou em parte, não se poderá levantar ou construir por alguma delas forte, guarda ou registro”. Apesar desta cláusula, as obras do forte Príncipe da Beira não cessaram e, tampouco, os portugueses deixaram de utilizar os “quartéis” que tinham sido construídos por Sambucetti e seus sucessores como bases de apoio para frequentes patrulhas do rio Guaporé e seus tributários, para o ataque a quilombos, para o contrabando com castelhanos e para a captura de escravos e colonos endividados que fugiam para o Vice-Reinado do Peru.

O forte Bragança e o forte Príncipe da Beira foram produtos de uma conturbada época, onde a soberania portuguesa dependia da construção desses aparatos de defesa. Apesar de sua edificação ter gerado grandes despesas para a Provedoria da Fazenda da capitania e para os acionistas da companhia geral do Grão-Pará e Maranhão, com o pagamento da folha de militares, aquisição de escravos, despesas com artesãos, compra de armamentos e outros equipamentos, o forte Príncipe da Beira teve sua inauguração oficial em 1783. O seu custo total foi previsto pelo seu Diretor de Obras, o Capitão José Pinheiro de Lacerda, em 480.000\$000 (quatrocentos e oitenta mil contos de réis). Para os administradores portugueses da “era das luzes”, o papel desempenhado pelos engenheiros em territórios além-mar acabou personificando um ideal de ciência a serviço do Estado, pois esses profissionais foram considerados pela Coroa como homens cujos conhecimentos foram colocados a serviço do “bem estar público”. Domingos Sambucetti,²⁶ assim como muitos outros engenheiros que passaram pela América do Sul, como o espanhol Tibúrcio Spanocchi, Frias de Mesquita, José Custódio de Farias, Antônio José Landi,

²⁶ Segundo Miguel Faria, e essa é a percepção também de Gilberto Freyre, Sambucetti, entre fins de 1777 e início de 1778 (data imprecisa) veio a falecer.

Henrique António Galuzzi, Ricardo Franco de Almeida Serra, entre tantos, contribuíram para que a Coroa estabelecesse sua presença, tanto no litoral como às margens dos rios interioranos da América do Sul, buscando consolidar a sua supremacia política, militar, econômica, religiosa e cultural.



Plano da região do Rio Itenes ou Guaporé e seus afluentes: com a situação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição dos Portugueses e a situação do destacamento de forças espanholas chefiada por A. Alonso Berdugo e Cor. Dr. Amº Aymerich Tete Cor. Dn. Ant. Pasqual. Data: 1767. Crespo, Miguel Blanco. Catálogo Digital Cartográfico. Biblioteca Nacional.

Bibliografia

- Araujo, R. (2000). *A urbanização do Mato Grosso no século XVIII: discurso e método*. Tese (Doutorado em História da Arte), FCSH, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa.
- Brandão, A. P. (2005). O Oriente. In R. Moreira (dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Bueno, B. P. S. (2000). Formação e Metodologia de Trabalho dos Engenheiros Militares: a Importância da “Ciência do Desenho” na Construção de Edifícios e Cidades. Urbanismo 4 de origem portuguesa. *Colóquio “A Construção do Brasil Urbano”*, Convento da Arrábida. Lisboa.
- Cabral, O. R. (1972). *As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil-Colônia*. Rio de Janeiro: Departamento de Imprensa Nacional.

- Camilo, J. V. P. (2003). *Homens e Pedras no desenho das fronteiras: a construção da Fortaleza de São José de Macapá (1764/1782)*. Dissertação (Mestrado em História). Universidade Estadual de Campinas.
- Castilho Pereira, I. A. M. (2012). A ocupação da margem oriental do rio Guaporé e a guerra em Mojos. *XIV Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*. San Ignacio, Bolivia. 7 al 10 de agosto. <http://www.ucbch.edu.bo>
- Doré, A. (2009). *Império Sitiado: as fortalezas portuguesas na Índia*. São Paulo: Alameda.
- Faria, M. (1996). Príncipe da Beira: a fortaleza para além dos limites. *Revista Oceanos*, 28, outubro/dezembro.
- Fernandes, S. E. (2003). *O Forte do Príncipe da Beira e a Fronteira Noroeste da América Portuguesa (1776-1796)*. Dissertação (Mestrado em História) Universidade Federal de Mato Grosso. <http://www.ppghis.com>.
- Ferraz, A. L. P. (1930). Memória sobre as Fortificações de Mato Grosso. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional.
- Freyre, G. (1978). Contribuição para uma sociologia da biografia. Cuiabá: Fundação Cultural de Mato Grosso.
- Lemos, C. (2005). O Brasil. In R. Moreira. *Arquitectura militar do Renascimento*. In R. Moreira (dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Mendonça, M. C. de. (1985). *Rios Guaporé e Paraguai: primeiras fronteiras definitivas do Brasil*. Rio de Janeiro: Xerox.
- Moreira, R. (2005). *Arquitectura militar do Renascimento*. In R. Moreira, (Dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Silva, A. M.-D (2004). Portugal e o Brasil: a reorganização do Império, 1750-1850. In L. Bethel (org.). *História da América Latina. América Latina Colonial*. Volume 1. São Paulo/Brasília: EDUSP/Fundação Alexandre de Gusmão. 2ª edição.
- Uessler, C. de O. (2006). *Sítios Arqueológicos de Assentamentos Fortificados Ibero-Americanos na Região Platina Oriental*. Tese (Doutoramento em História). Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.
- Vellozo, D. (2000). *Arquitectura militar ou fortificação moderna, 1743*, fol. 17v-18.

Los autores

Víctor Hugo Abril

Possui graduação pela Universidade Gama Filho (2007), especialização em História do Brasil pela Universidade Federal Fluminense (2008), mestrado em História pela Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro (2010). Atualmente (2011), sob a orientação da Profa. Dra. Maria Fernanda Bicalho, desenvolve uma tese de doutorado sobre os governadores interinos no Rio de Janeiro (1705-1750), no Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal Fluminense, financiado pela CAPES.

E-mail: victorhugo.abril@uol.com.br

Maria Cristina Bohn Martins

Pfesorora Titular de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos UNISINOS. Está vinculada a la enseñanza de grado y de postgrado. Becaria de CNPq. Coordinadora del Grupo de Investigación (CNPq) *Jesuítas nas Américas*, es miembro del Grupo *História das Américas: fontes e historiografia*. Magister de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (1984), Doctora en Historia por la PUC/RS (1999), con su tesis *A festa guarani das reduções: perdas, permanências e transformações*. Tiene experiencia en el área de Historia de América, actuando en temas ligados a las sociedades indígenas y coloniales, dinámicas de frontera, las instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas del mundo colonial y del período independiente.

E-mail: mcris@unisinis.br

Carlos María Birocco

Profesor titular regular en la Universidad de Morón y doctorando de la

Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado dos libros sobre historia regional y varios artículos en libros y en revistas nacionales e internacionales sobre distintas temáticas, entre las que se destacan la evolución de la propiedad de la tierra, la justicia rural y el régimen municipal en el Buenos Aires colonial.

E-mail: cbiroc@yahoo.com.ar

Marcelo Díaz Buschiazzo

Licenciado en Ciencias Militares (Estrategia), Profesor de Historia de los Conflictos Armados. May.(R) Ejército (Uruguay). Cursa la licenciatura en C. Antropológicas, Arqueología Investigación (UdelaR-Uruguay). Coordinador General del Proyecto de Arqueología Militar “Campos de Honor”. Autor: *Acciones militares del Cuerpo de Patricios de Buenos Aires en la Banda Oriental (1807-1811)*, Mapa Histórico. Coautor: *Batallas que hicieron Historia (El País, 2005)*, *Las Batallas de Artigas (1811)*. Ha dictado conferencias sobre Historia Militar, Arqueología militar y Fortificaciones en Uruguay, Brasil, Argentina y España.

E-mail: diazmarcelo@hotmail.com

Fernando Dores Costa

Doctorado en Sociología y Economía histórica. Investiga temas de historia social portuguesa de los siglos XVII, XVIII e XIX. En los últimos años, indagó sobre la historia social del ejército, desde las prácticas de reclutamiento y las resistencias al estilo militar. Autor de *A Guerra da Restauração-1641-1668* (Livros Horizonte, 2004), *D. João VI (em parceria, 2006; edição brasileira, São Paulo, 2008)*, e *Insubmissão. A aversão ao serviço militar em Portugal no século XVIII* (2010). Actualmente es investigador del Centro de Estudos de História Contemporânea del Instituto Universitário de Lisboa.

E-mail: fernando.dorescosta@gmail.com

Daniel Fessler

Magister en Ciencias Humanas (opción Historia rioplatense) por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Uruguay). Integrante del equipo de Investigación *Guerra, orden social e identidades colectivas en la Banda Oriental 1816 - 1824* en el Depar-

tamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y C.E. de la Universidad de la República.

E-mail: danfessler@gmail.com

Juan Carlos Luzuriaga

Licenciado en Historia por la Universidad de la República y profesor de Historia de los Conflictos Armados en el Instituto Militar de Estudios Superiores. Se desempeña como coordinador del Grupo de Estudios de Fútbol del Uruguay (GREFU), en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UdelaR. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Las Batallas de Artigas – 1811-1820* (coautor, Montevideo, 2011); *El Football del Novecientos* (Montevideo, 2009); *Las Campañas de Cevallos: Defensa del Atlántico Sur, 1762-1777*, (Madrid, 2008).

E- mail: luzuriaga50@hotmail.com

Mário Maestri

Brasileño e italiano, estudió historia en la UFRGS (1970) Brasil, y en la Universidad de Chile (1971-3). Realizó un postgrado en Historia en UCL, de Bélgica, con disertación de maestría sobre África (1977) y su doctorado sobre la esclavitud (1980). Trabajó en FURG, UFRJ, UFRGS e PUCRS. Desde 1996 dicta clases en el programa de PPGH de la UPF. Orientó más de treinta disertaciones y tesis de doctorado en el área de la esclavitud, de la inmigración colonial-campesina y sobre historia del Plata. Dirige la colección Malungo – con más de 25 títulos sobre la esclavitud. Publicó más de treinta y cinco libros en Brasil, Italia, Bélgica y Francia.

E-mail: maestri@via-rs.net

Juan Marchena Fernández

Doctor en Historia Latinoamericana. Catedrático de Historia de América en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y Director del Área de Historia de América y de los programas de Master y Doctorado. Autor de más de cien trabajos de investigación publicados en España, Europa, Estados Unidos y América Latina. Autor en algunas de las principales obras de referencia de historia Latinoamericana: *Historia de América Latina* de UNESCO, *Historia Andina*, *Historia de España de Menéndez Pidal* e *Historia de América La-*

tina. Crítica. Pertenece a numerosos consejos académicos y de redacción de prestigiosas revistas de investigación internacionales del JCR. Investigador principal en diversos proyectos de excelencia e I+D+I. Doctorado Honoris Causa por las Universidades Andina Simón Bolívar (Quito), Cartagena (Colombia), Catamarca (Argentina) y Universidade Nova de Lisboa. Miembro de varias Academias de Historia. Director del proyecto de investigación *Apogeo y Crisis de la Real Armada, 1750-1823*, Junta de Andalucía, 2009-2013.

E-mail: jmarfern@upo.es

Bruno Mendes Tulux

Magister en História de la Universidade Federal da Grande Dourados (Brasil). Licenciado en História de la Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (Brasil). Professor en la rede privada de ensino em Campo Grande, Mato Grosso do Sul.

E-mail: brunotulux@hotmail.com

Maria de Jesus Nauk

Doctora en Historia de la Universidade Federal Fluminense (Brasil) y Profesora del Curso de Graduação e Programa de Pós-Graduação em História de la Universidade Federal Da Grande Dourados. Autora de artículos y libros, entre los que se destacan *O governo local na fronteira oeste: a rivalidade entre Cuiabá e Vila Bela no século XVIII*. Es organizadora del “Dicionário de História de Mato Grosso - período colonial”.

E-mail: jnauk@hotmail.com

Helen Osório

Professora associada del Departamento de História y del Programa de Pós-Graduação em História, Universidade Federal do Rio Grande do Sul (Brasil); Doctora em Historia, UFF; Investigadora del CNPq. Es autora, entre otros, de *O império português no sul da América: estancieiros, lavradores e comerciantes*, 2007; *Guerra y comercio en la frontera hispano-portuguesa meridional - Capitania del Río Grande, 1790-1822*. In: Fradkin, Raul. (Org.). *Conflictos, negociaciones y comercio durante las guerras de independencia latinoamericanas*, 2010.

E-mail: hosorio@via-rs.net

Paulo Cesar Possamai

Doctor en Historia Social por la Universidad de San Pablo (Brasil). Es profesor del curso de grado y post grado en Historia en la Universidad Federal de Pelotas (Rio Grande do Sul – Brasil). Actualmente trabaja en una investigación de post doctorado que se propone realizar un estudio comparativo entre las condiciones de vida de las tropas portuguesas y españolas en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII. Dicho trabajo está radicado también en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

E-mail: paulocpossamai@gmail.com

Emir Reitano

Profesor (1989) y Doctor en Historia (2004) egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor Titular de la Cátedra de Historia Americana Colonial en dicha Universidad. Profesor Invitado en la Universidad Torcuato Di Tella. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Autor del libro *La inmigración antes de la inmigración. Los portugueses de Buenos Aires en vísperas de la Revolución de Mayo (2010)*; editor junto a Alejandra Mailhe del libro “*Pensar Portugal*”. *Reflexiones sobre el legado cultural del mundo luso en Sudamérica* (2008) y autor de diversos artículos y trabajos referidos a la Historia Americana Colonial publicados en Argentina, Chile, Estados Unidos, Uruguay, México, España y Portugal.

E-mail: ereitano@lpsat.com

Otávio Ribeiro Chaves

Posee una Maestría en Historia Social de la Universidade Federal da Bahia (2000) (Brasil) y un Doctorado en Historia Social de la Universidade Federal do Paraná (2008) (Brasil). Actualmente es Profesor Adjunto en la Universidade do Estado de Mato Grosso. Tiene experiencia en el área de Historia, con énfasis en Historia del Brasil Colonial, centrando su investigación principalmente en los siguientes temas: Modos de Governabilidade na América Portuguesa (século XVIII); Povoamento, Militarização e Escravidão na Fronteira Oeste do Império Português. Es miembro del Grupo de investigación “*Fronteira Oeste: Poder, Economia e Sociedade* - registrado en CNPq”.

E-mail: otavioribeirochaves@gmail.com

Tomás Sansón Corbo

Licenciado en Historia por la Universidad de la República (Uruguay, 1990) y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina, 2000). Es docente en Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República (Uruguay) y miembro activo del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII). Responsable del proyecto *Historia comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX. Surgimiento y consolidación de los estudios, la investigación histórica y los imaginarios sociales en Uruguay y Argentina*. Ha publicado *La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial* (Montevideo, 2006) y *El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX)*. (La Plata, 2011), entre otros libros y artículos.

E-mail: slbt@hotmail.com

Diego Téllez Alarcia

Doctor en Humanidades. En la actualidad es profesor del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Rioja (España). Ha obtenido por sus investigaciones varios premios, entre los que destacan el Premio de Investigación Pablo de Olavide, el Premio Jóvenes Investigadores de la Fundación Española de Historia Moderna y el Premio Iberoamericano de Ciencias Sociales Cortes de Cádiz. Entre sus libros sobresalen: *La Manzana de la Discordia*: (2006), *D. Ricardo Wall. Aut Caesar aut nullus* (2008), *Absolutismo e Ilustración en la España del siglo XVIII* (2010), *Una estatua para el Nelson del Plata* (2010) y *El Ministerio Wall* (2012).

E-mail: diego.tellez@aurea.unirioja.es

El libro comienza su introducción con un trabajo de Juan Marchena quien indaga en larga duración las repercusiones que tuvieron los conflictos hispanolusitanos de la península en el plano americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este trabajo permite adentrarnos en el otro plano del libro que analiza la guerra en la frontera; en primer lugar hacia el sur rioplatense y luego, en un segundo bloque, se traslada el análisis hacia la frontera norte de la región platina.

El trabajo ubica al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa área de frontera hispanolusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispanolusitanas en el área rioplatense observa que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó definitivamente signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar exactamente el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta región las relaciones entre súbditos de ambas coronas se dio de forma demasiado particular. Estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, muy alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas coronas.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento, entendiendo a la frontera como ese lugar permeable abierto en el que interactúan todas las sociedades: la hispanocriolla, la portuguesa y la indígena, generando dentro de este mundo un complejo mosaico étnico en donde las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, el bloque sobre historiografía, memoria e identidad cierra el libro dejando abierto el debate en la temática planteada.



*Centro de Historia Argentina y Americana
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata - CONICET
ISBN 978-950-34-1235-0*